

ÁLBUM DE RECUERDOS

A juzgar por la documentación llegada hasta nosotros, sobre todo debido a la diligencia del erudito José Gestoso en su «Curiosidades Antiguas Sevillanas», no deja de ofrecer un indudable interés la predilección que nuestros reyes de la antigüedad manifestaban por los leones, según consta en escritos como el Memorial que sobre diversas hazañas escribió Mosén



Diego de Valera, quien refiriéndose al reinado de Enrique IV de Castilla dice que «en el mismo año 1442 se mostró otra muy grande llama en el cielo y lo que mayor turbación dio en todos los de este Reino fue que, teniendo el Rey en su palacio muchos leones y leonas, y habiendo entre ellos uno muy grande al que los otros obedecían, se comenzó entre ellos tan gran pelea que todos se juntaron contra el mayor león, le mataron y comieron parte de él, de los que todos pronosticaron ser cercana la muerte del Rey.

No está muy clara la causa de esta afición a los leones, si bien puede ser por representar la fuerza y el valor, o también por su significación heráldica con que todos los consideraban. Cierto es que en los últimos años de la Edad Media no son solamente nuestros reyes los encariñados con tan bravas fieras, pues, según los historiadores, cuando regresó el Rey René de Anjou de su desventurada expedición a Nápoles, en 1442, entre los obsequios que recibiera figuró una leona que él estimó mucho, «por ser aficionado a las bestias raras».

Fieles a esta tradición mostráronse los Reyes Católicos, que al menos durante su estancia en Sevilla se complacían en poseer leoneras, no sólo en el regio Alcázar, sino en el Castillo de Triana. De las primeras existe un testimonio de Juan de Mal-lara, que al describir las bellezas del Alcázar elogia «las tallas de las puertas, las labores moriscas, los jardines que están entre la puerta de la alcoba y los

apostentos nuevos con grandes y espaciosos miradores, y las leoneras que solían haber en tiempos de los Reyes Católicos...»

Que no solamente fue en el Alcázar donde Isabel y Fernando tuvieron sus leones se comprueba por el curioso documento que reproduce el citado Gestoso: «Juan de Merlo, alcaide del Castillo de Triana, me encomiendo en vuestra merced a

la cual plega saber: quiero que sepan que el aljama y judíos de esta ciudad acostumbraron siempre dar, para mantenimiento de los leones que los Reyes nuestros señores en esta ciudad tenían, cinco mil maravedises cada año. Y porque ahora el Rey y Reina nuestros señores tienen y dejaron en el Castillo de Triana dos leones que han menester los dichos cinco mil maravedises y mucho más para que sean mantenidos, a vuestra merced suplico mande que los dichos judíos me den y paguen los dichos cinco mil maravedises de cada año para ayuda al mantenimiento de los dichos leones, en lo cual al Rey y Reina nuestros señores haréis servicio y a mí haréis merced». Dada cuenta al cabildo de esta petición, «los dichos asistentes y oficiales hablaron sobre ello. Y finalmente encomendaron y mandaron al jurado Alfonso García, escribano de dicho cabildo, que se informe y sepa si los dichos judíos solían pagar y pagaban los dichos cinco mil maravedises».

Como dice el autor al que nos referimos, parece ser que en aquella época atribuíase a tan terribles animales virtudes curativas, y el docto caballero Pedro Mexía, hablando del arzobispo Diego de Deza, con-signa que no fue bastante, para curarlo de la enfermedad de gota que lo aquejaba, el colocar sus pies sobre los lomos de un león que sus deudos hicieron traer de Africa, lo cual vio por sus propios ojos el ilustre historiador sevillano.